

CARTA

AL

DIRECTOR DE LA «REVUE DES DEUX MONDES»

EN

REFUTACIÓN DE UN ARTÍCULO DE M. ALBERTO DE BROGLIE



SEÑOR DIRECTOR DE LA *Revue des Deux Mondes*.

PARÍS, 15 de Noviembre de 1852.

Muy señor mío: En el número de la *Revue des Deux Mondes* (*Revista de Ambos Mundos*), correspondiente al 1.º de Noviembre, ha insertado Ud. un artículo, lleno de ingenio, en el que M. Alberto de Broglie se pone en disidencia conmigo sobre materias de la más alta importancia. Aunque poco inclinado por instinto y por convencimiento á conversar con el público, he creído, sin embargo, que en la ocasión presente no podía guardar silencio, sin correr el riesgo de ver acreditados con respecto á mí gravísimos y trascendentales errores.

No quiere decir esto que voy á entrar en discusión, ni mucho menos que voy á entablar una polémica con aquel escritor insigne. De todos los que me conocen, es sabido que tengo las polémicas por peligrosas, y las discusiones públicas por vanas: por esta razón, puedo afirmar de mí, sin que afirmándolo haga otra cosa sino dar testimonio á la verdad, que he discutido pocas veces, y no he disputado nunca.

Soy aficionado, no lo niego, y aun así lo he declarado en otra ocasión con estas mismas palabras, á exponer sencillamente mis doctrinas: pero en general ni busco ni acepto la discusión; persuadido como estoy á que degenera fácilmente en disputa, la cual acaba siempre por resfriar la caridad, por encender las pasiones y por inducir á los contendientes á faltar á tres grandes respetos: al que el hombre debe al hombre, al que debe á la verdad, y al que se debe á sí propio. Las pala-



bras son á manera de semillas: yo se las doy á los vientos, y dejo al cuidado de Dios que las mande caer, según sea su voluntad, sobre rocas estériles, ó sobre tierras fecundas. No siendo mi ánimo disputar ni discutir, lo único que me propongo al dirigir á Ud. esta carta, es deshacer brevemente algunos errores de apreciación en que, contra su voluntad, ha incurrido M. Alberto de Broglie en el brillante artículo que consagra, en parte, á la exposición de mis doctrinas.

Consiste el primero en afirmar que soy idólatra de la Edad Media. En la Edad Media hay muchas cosas: hay, por una parte, asolamiento de ciudades, caída de Imperios, lucha de razas, confusión de gentes, violencias, gemidos: hay corrupción, hay barbarie, hay instituciones caídas, é instituciones bosquejadas: los hombres van adonde van los pueblos: los pueblos adonde otro quiere, y ellos no saben: y hay la luz que basta para ver que todas las cosas están fuera de su lugar, y que no hay lugar para ninguna cosa: la Europa es el caos.

Pero además del caos hay otra cosa: hay la Esposa inmaculada del Señor, y hay un gran suceso, nunca visto de las gentes: hay una segunda creación, obrada por la Iglesia. En la Edad Media no hay nada sino la creación que me parezca asombroso, y nada sino la Iglesia que me parezca adorable. Para obrar el gran prodigio, Dios escogió esos tiempos oscuros, eternamente famosos á un tiempo mismo por la explosión de todas las fuerzas brutales, y por la manifestación de la impotencia humana. Nada es más digno de la divina Majestad y de la divina grandeza, sino obrar allí, donde hombres y pueblos y razas, todo se agita confusamente, y nadie obra. Queriendo Dios demostrar, en dos solemnes ocasiones, que sólo la corrupción es estéril, y que sólo la virginidad es fecunda, quiso nacer de María, y contrajo esponsales con la Iglesia; y la Iglesia fué madre de pueblos, como María Madre suya.

Vióse entonces á aquella inmaculada Virgen, ocupada en hacer bien, como su divino Esposo, levantar el ánimo de los caídos, y moderar los ímpetus de los violentos, dando á gustar

á los unos el pan de los fuertes, y á los otros el pan de los mansos. Aquellos feroces hijos del Polo, que humillaron y escarnecieron la majestad romana, cayeron rendidos de amor á los pies de la indefensa Virgen: y el mundo todo vió, atónito y asombrado, por espacio de muchos siglos, la renovación, por la Iglesia, del prodigio de Daniel, exento de todo daño en el antro de los leones.

Después de haber amansado amorosamente aquellas grandes iras, y después de haber serenado con sólo su mirada aquellas furiosas tempestades, vióse á la Iglesia sacar un monumento de una ruina; una institución, de una costumbre; un principio, de un hecho; una ley, de una experiencia; y, para decirlo todo de una vez, lo ordenado, de lo exótico; lo armónico de lo confuso. Sin duda todos los instrumentos de su creación, como el caos mismo, estaban antes en el caos: suya no fué sino la fuerza vivificante y creadora. En el caos estaba, como en embrión, todo lo que había de ser y de vivir: en la Iglesia, desnuda de todo, no estaba sino el ser y la vida; todo fué, todo vivió, cuando el mundo puso un oído atento á sus amorosas palabras, y una mirada fija en su resplandeciente belleza.

No, los hombres no habían visto una cosa semejante porque no habían asistido á la primera creación; ni la volverán á ver, porque no habrá tres creaciones. Diríase que, arrepentido Dios de no haber hecho al hombre testigo de la primera, permitió á su Iglesia la segunda sólo para que el hombre la mirara.

El segundo error consiste en suponer que aconsejo á la Iglesia una dominación universal y absoluta. Yo no he tenido nunca, y no tendré jamás la altiva é insensata pretensión de aconsejar á la que escucha y sigue los consejos del Espíritu Santo: he echado una mirada alrededor de mí, y he visto enfermas y decaídas á las sociedades civiles, y en confusión y desconcierto todas las cosas humanas: he visto á las naciones embriagadas con el vino de la sedición, y á la libertad ausente



de la tierra: he visto á los tribunos coronados, y á los Reyes sin sus coronas; jamás han presenciado los hombres tan grandes mudanzas y tan grandes reveses, y tan prodigiosos altos y bajos de la fortuna.

Al ver todas estas cosas, me he preguntado á mí propio si toda esta confusión, y este desconcierto y este desorden, no provienen por ventura del olvido en que están puestos aquellos principios fundamentales del mundo moral, de que es pacífica depositaria y única poseedora la Iglesia de Jesucristo. Mi duda se ha convertido en certidumbre al observar que sólo la Iglesia ofrece hoy el espectáculo de una sociedad ordenada: que ella sola está quieta en medio de estos tumultos: que ella sola es libre; porque en ella el súbdito obedece amorosamente á la autoridad legítima, que manda á su vez con justicia y mansedumbre: que ella sola es fecunda en grandes ciudadanos, que saben vivir siendo santos, y saben morir siendo mártires.

Y á la vista de este gran espectáculo, he dicho á la sociedad civil:—“Tú eres desvalida y pobre, y la Iglesia opulentísima: pídelo lo que te falta, que no te lo negará, porque sus manos están llenas de gracias y su pecho de misericordias. ¿Buscas el orden? pídele su secreto á la que está bien ordenada. ¿Buscas la libertad? aprende en la escuela de la que es libre. ¿Buscas el reposo? no le encontrarás sino en la Iglesia y por la Iglesia, que tiene la maravillosa virtud de serenarlo todo y de dar paz á los ánimos. ¿Buscas la noción cristiana de la autoridad pública? estudia los grandes hechos de sus grandes Pontífices. ¿Buscas el secreto de las jerarquías sociales? pídeselo á la gloriosa muchedumbre de sus Obispos y de sus Patriarcas. ¿Buscas el secreto de la obediencia digna y de la dignidad obediente? pídeselo á la nobilísima falange de sus sacerdotes. ¿Quieres ser fecunda en hijos que vivan y mueran por su Patria? pídele el secreto de la santificación y el secreto del martirio.”—

No se trata aquí, como se ve, de la cuestión que consiste

en averiguar si la supremacía corresponde al Sacerdocio, ó corresponde al Imperio: se trata solamente de averiguar si conviene ó no á la sociedad civil tomar de la Iglesia los grandes principios del orden social; si le conviene ó no le conviene ser cristiana. El gran pecado de estos tiempos me parece consistir en el intento vano, por parte de las sociedades civiles, de formar para su uso propio un nuevo código de verdades políticas y de principios sociales; en el intento vano de arreglar sus cosas por medio de concepciones puramente humanas, haciendo una absoluta abstracción de las concepciones divinas. Los gobernadores de las sociedades civiles han dicho:—“Dividamos la creación en tres Imperios independientes. El Cielo será de Dios, y allí se concentrarán las divinas concepciones; el Santuario será de la Iglesia, y allí se concentrarán las concepciones religiosas; el hombre imperará en todo lo que hay entre el Santuario y el Cielo, y en este Imperio vastísimo todo se ordenará por las concepciones humanas.”—

De aquí esa grande explosión de actividad intelectual, por la cual el hombre ha intentado igualarse, por un lado con la Iglesia, por otro lado con Dios, y levantar sus concepciones al nivel altísimo de las concepciones religiosas y de las concepciones divinas. De aquí la vuelta á la idolatría de la propia excelencia, la más peligrosa de todas, porque es satánica. De aquí ese culto de latría, por parte de las gentes, hacia los hombres que con su ingenio han conquistado un trono en las esferas intelectuales. De aquí esa confianza insensata del hombre en el hombre, y del hombre en sí mismo, que me estremece por su imperturbabilidad, aun en presencia del desvanecimiento universal de todos sus vanos pensamientos y de todas sus vanas ilusiones.

Contad una por una, si podéis, las bancarrotas y las catástrofes de nuestros días, y observaréis llenos de asombro que siempre es el orgullo el castigado por la catástrofe, y que el orgullo es el que hace siempre bancarrotas. Dios suscita los tiranos contra los pueblos rebeldes, y los pueblos rebeldes con-



tra los tiranos: Él es el que castiga el orgullo con otro orgullo; hasta que sólo quede en pie el más grande, cuya humillación se ha reservado á sí propio.

Vueltas á la infancia las sociedades de nuestros tiempos, habían llegado á creer que podrían evitar las miradas de Dios, tapándose los ojos para no verle. ¡Intento vano! Dios les ha salido al encuentro en todas direcciones, y les ha atajado el paso en todos los caminos.

Y verdaderamente era muy difícil no encontrar alguna vez y en alguna parte á Aquel que vive en todas partes, y que vive eternamente.

De la misma manera que la sumisión á los preceptos divinos no lleva consigo, ni explícita ni implícitamente, la institución de un Gobierno teocrático, el reconocimiento, en la teórica y en la práctica, de las verdades fundamentales de que es depositaria la Iglesia, no lleva consigo, ni explícita ni implícitamente, su dominación en los negocios temporales. Jamás ha confundido la Iglesia estas dos cosas, de suyo tan diferentes: por esta razón, al mismo tiempo que busca y pide para sus dogmas, y aun para sus principios, el imperio del mundo, porque el mundo no puede subsistir sino sometándose al imperio de sus principios y de sus dogmas, ha mostrado siempre, no sólo desvío, sino horror á ingerirse en la dirección temporal de las cosas humanas.

Hubo un tiempo en que la Italia, abandonada de sus emperadores y de sus capitanes, é inundada por el diluvio de la invasión, puso el cetro, la corona y la púrpura á los pies de sus Pontífices, aclamándolos, como en otros días á sus Césares, píos, felices, triunfadores. La Iglesia empero, y la Historia lo dice, recibió la salutación popular, como María había recibido antes la salutación angélica.—*Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus.*—Ni las alabanzas angélicas, ni los clamores populares pudieron desvanecer á la madre humilde y á la humilde esposa de Aquel á quien su Profeta llama *ludibrio de las gentes y varón de dolores*. Cuando, andando los tiempos, ve-

mos á esos mismos Pontífices ajustando las diferencias entre los pueblos y los Reyes, más bien (fuera de los casos de abierta rebelión) como padres amorosos que como jueces inexorables, no hay que preguntarles por qué ejercen aquel ministerio altísimo y aquel arbitraje soberano: á los Reyes y á los pueblos es á quienes toca decir cuál fué la fuerza invencible y el instinto poderoso que les movió á acudir en demanda de la justicia y de la paz á los únicos que eran entonces en la tierra pacíficos y justicieros. Á nosotros nos toca afirmar, sin temor de ser desmentidos, que sin aquella suprema jurisdicción, conferida por el consentimiento universal á la Iglesia, la Europa y la civilización hubieran perecido juntamente. Sabedores, como somos todos los que al presente vivimos, de los estragos que pueden obrar las revoluciones y las tiranías en estos tiempos en que no hay brazo ninguno que no padezca flaqueza, ni voluntad que no padezca desmayos, no puede sernos difícil calcular las gigantescas catástrofes que hubieran venido sobre la Europa si la Iglesia no hubiera sido un dique, en aquellos tiempos violentísimos, contra el desbordamiento de las grandes tiranías y contra el furor de las grandes revoluciones.

Sea de esto lo que quiera, pasó ya la época memorable y excepcional de su gloriosa dictadura sobre el pueblo cristiano, parecida por más de un concepto á la que ejerció Dios personal y directamente sobre el pueblo judío. Hoy día todas las cosas han vuelto á sus estados normales; y en el estado normal de las cosas, la Iglesia no obra sobre la sociedad sino por medio de una influencia secretísima, así como Dios no obra sobre el hombre sino secreta y calladamente por medio de su gracia. Esta maravillosa analogía entre la manera de obrar de la Iglesia sobre la sociedad, y la manera de obrar de Dios sobre el hombre, es una prueba más de aquella inenarrable sencillez que Dios pone en sus medios, y de la inconcebible profundidad y extensión que Dios da á sus designios.

Dejando empero á un lado las observaciones importantes y curiosas á que daría ocasión el portento de esas analogías, por



no permitirlo los estrechos límites de una carta, me contentaré con observar que entre Dios y su Iglesia hay otra semejanza, que consiste en ser de tal condición que quieren ser violentados por el hombre. Ni Dios es conquistador sino de los que solicitados por su gracia le conquistan el Cielo, ni la Iglesia es conquistadora sino de los que, vencidos por su influencia, le conquistan violentamente su Santuario. Que las naciones cristianas entren la Iglesia á saco; que se vistan con sus divinos despojos; que coman todas del pan que ella amasa hasta saciar su hambre; que hasta saciar su sed beban todas en sus fuentes de aguas vivas: esto es lo que yo pido, y esto es lo que ella quiere, y esto es lo que yo entiendo por la dominación de la Iglesia.

Vengamos ahora á la acusación más acreditada y, desde cierto punto de vista, la más grave: consiste ésta en afirmar que aspiro á inculcar en los ánimos la necesidad de una restauración de la Edad Media.

En la Edad Media hay que considerar dos cosas: aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que tuvieron su origen en la civilización propia de aquella edad, y aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que, aunque realizados entonces, son la manifestación exterior de ciertas leyes eternas, de ciertos principios inmutables y de ciertas verdades absolutas. Yo condeno al olvido lo que instituyeron los hombres en aquella edad para que pasara con aquella edad y con aquellos hombres, y reclamo con instancia la restauración de todo lo que, habiendo sido tenido por cierto en aquella edad, es cierto perpetuamente.

El catálogo de lo que hay que dejar y de lo que hay que tomar en la Edad Media llenaría las páginas de esa *Revista*, y la demostración de la exactitud de aquel catálogo bastaría para ocupar anchamente algunos volúmenes. Siendo mi ánimo, al escribir esta carta, exponer más bien que demostrar mis doctrinas para evitar que se me atribuyan las que no tengo, bastará para mi propósito actual dar una idea sumaria de lo que en el orden político quisiera ver restaurado.

Una cosa llama poderosamente mi atención en la Edad Media, y es su tendencia constante, aunque cuasi siempre infructuosa, á constituir la sociedad, y á constituir el poder con arreglo á los principios que forman como el derecho público de las naciones cristianas, así como me espanta la tendencia de la sociedad actual á constituirse y á constituir el poder público con arreglo á ciertas teorías y á ciertas concepciones que llevarían á los pueblos, por rumbos desconocidos, fuera de las vías católicas. El resultado final de aquella dichosa tendencia fué la constitución de la Monarquía hereditaria: el resultado de la tendencia actual será infaliblemente la constitución de un poder demagógico, pagano en su constitución y satánico en su grandeza. El advenimiento de este poder colosal podrá ser retardado por la inconsecuencia de los hombres y por la misericordia divina; pero si la sociedad no muda de rumbo, su advenimiento en un porvenir no muy lejano, á pesar de los vientos contrarios que hoy reinan en Europa, me parece inevitable.

Yo me propongo decir algo de lo mucho que pudiera decir acerca de los opuestos principios que sobre la constitución del poder y sobre la constitución de la sociedad son como el alma de esas contrarias tendencias.

Hay una ley soberana que Dios ha impuesto á los mundos: en virtud de esa ley, es necesario que la unidad y la variedad que se hallan en el mismo Dios se hallen, de una ó de otra manera, en todas las cosas: por eso el conjunto de todas las cosas lleva el nombre de *Universo*, palabra que, descompuesta, quiere decir la unidad y la variedad juntas en uno. En la sociedad la unidad se manifiesta por medio del poder, y la variedad por medio de las jerarquías: y el poder y las jerarquías, así como la unidad y la variedad que representan, son cosas inviolables y sagradas; como que su coexistencia es á un mismo tiempo el cumplimiento de la ley de Dios y la fianza de la libertad del pueblo.

La Monarquía hereditaria, tal como existió en los confines